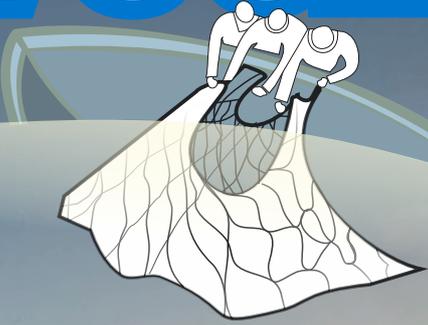


VOCACIONALBA



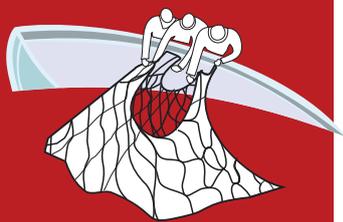
Renace el día surge la luz
PORQUE CRISTO RESUCITÓ



Hermandad de Sacerdotes Operarios
Delegación Cono Sur



IPV
Instituto de Pastoral Vocacional
Perú - Anexo Cusco



11

Abril

2021

DIRECTOR:

P. Juan Carlos Caballero

EQUIPO DE REDACCIÓN

P. Ariel Zottola
P. Daniel Lascano
P. Ricardo Morales
P. Carlos Da Silva Da Silva
P. Martín Vera
P. Fredy Villacorta Rodríguez

DISEÑO

P. Juan Carlos Caballero

Esta es una revista
de la Hermandad
de Sacerdotes Operarios Diocesanos
Delegación Cono Sur



Editada por:
IPV Peru - Anexo Cusco



IPV Instituto de
Pastoral Vocacional
Perú - Anexo Cusco

Contenido

- 3 Carta abierta.
P. Juan Carlos Caballero - *Operario diocesano*
- 4 No está aquí, ha resucitado
Diác. Christian Manasse - *Operario diocesano*
- 6 Mensaje de la 58° Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones
- 8 Subsídios para rezar por las vocaciones con el mensaje de Papa
- 12 **Un café con amigos.** Para conocer historias vocacionales.
Cristobal Estrada Barrios. Seminarista del Cusco
Erika Milagros Roque Valdivia. Novicia, Canonisas de la Cruz
- 15 La Escucha en la pastoral juvenil postsinodal
P. Edwin Mejia - *Operario diocesano*
- 18 Etapas para elaborar y profundizar el Proyecto Personal de Vida
P. Juan Carlos Caballero - *Operario diocesano*
- 20 Página de Hermandad

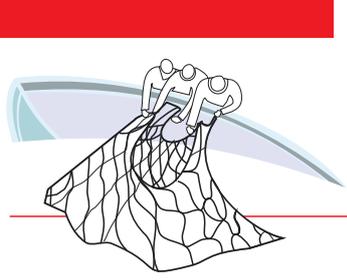
Colaboran con la difusión de esta revista:



Centro de Orientación Vocacional
Cusco Perú



Comisión
Arquidiocesana
de Vocaciones
CAV-Cusco



Carta abierta

Ha resucitado, la muerte fue vencida, la vida renace...

Cristo ha resucitado y nos invita a seguirlo. Toda la creación exulta de alegría por la Pascua de Cristo, Nuestro Salvador. Aleluya...

Una pascua que renueva nuestra esperanza de un nuevo amanecer para toda la humanidad, una esperanza que nos motive a seguir luchando juntos en medio de esta pandemia y a seguir levantando nuestra voz ante los dolores del mundo, la pobreza, los desastres ambientales, las guerras, la desigualdad social, la violencia, la falta de justicia y la indiferencia, continúan golpeándonos y más duro que el COVID 19. De todas estas realidades Cristo nos resucita, donde antes había muerte y oscuridad, hoy encontramos vida y luz. El Resucitado nos invita a dejar entrar en nuestro corazón esa luz nueva de la vida resucitada y resucitadora, para dar el paso hacia un mundo más humano, más justo, solidario y lleno de Dios.

La fiesta de la Pascua debe comprometernos aún más en la construcción del Reino del Amor en medio de nuestra sociedad; para ello se necesitan discípulos audaces que siguiendo al Resucitado van sembrando su luz y su verdad en las vidas de tanto hombre y mujer que hoy buscan al Único que puede ofrecernos la vida verdadera. El Resucitado no esconde las llagas de la cruz, las muestra para que recordemos que ha sufrido por ese amor tan especial e infinito que tiene por cada uno de nosotros, Él carga con todos nuestros dolores y heridas para que nosotros tengamos vida y vida en abundancia.

Esta es nuestra Pascua: vivir a pleno la vida que Cristo nos regaló, llegando su luz en nuestro corazón.

En este número de VOCACIONALBA Revista Juvenil Vocacional, encontraremos una reflexión sobre el tiempo pascual, también podremos leer el mensaje del Papa Francisco para la 58ª Jornada mundial de oración por las vocaciones y rezar con sus palabras aprovechando algunos subsidios que se nos ofrecen. Conoceremos las historias de dos jóvenes: Cristóbal y Érika, discípulos del Resucitado. También el P. Edwin nos regala un texto para profundizar sobre nuestra formación sobre la escucha en la Pastoral Juvenil y finalmente nos encontraremos con la segunda parte de nuestra reflexión sobre el Proyecto Personal de Vida.

Un abrazo fraterno a todos acompañado por un saludo de Feliz Pascua de Resurrección.
Que Dios nos bendiga...

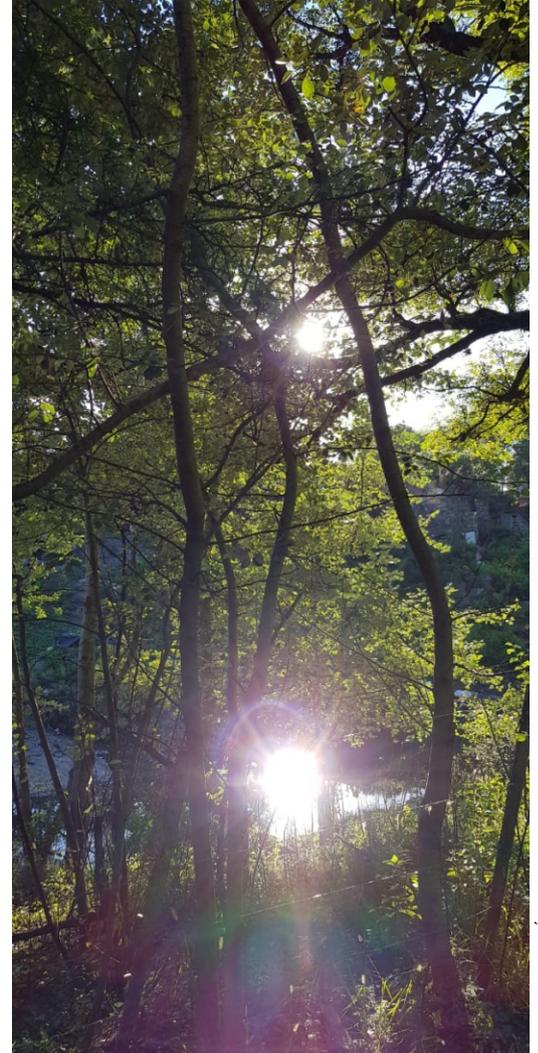


Foto: P. Ángel G. Hurtado. Operario diocesano. Villa Mosen Sol, Alta Gracia-Córdoba



P. Juan Carlos Caballero
Operario Diocesano

"NO ESTA AQUI, HA RESUCITADO"

(Lc 24, 6)

La Pascua es una fiesta que significa "paso". Para los judíos esta fiesta recuerda el pasaje a la libertad del pueblo de Israel después de su esclavitud en Egipto. Para los católicos es el paso de la muerte a la vida de Jesús. Podemos reflexionar sobre las dimensiones histórica, litúrgica (sacramental) y moral de esta fiesta.

Iniciamos diciendo que Dios nos creó a imagen y semejanza suya (Gn1, 27), por amor, porque Él es amor (1Jn 4, 8); nos dio la vida para bendecirlo, glorificarlo, adorarlo y celebrar su nombre. Su deseo es que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad (1 Tm 2, 4). Esto da sentido a la Pascua, porque al celebrar la pasión, muerte y resurrección de Cristo festejamos la victoria de la vida sobre la muerte; por eso la vida es nuestra primera vocación: Cristo es fuente de vida, Él mismo lo dice: "Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud" (Jn 10,10). Así comprenderemos la vida como un milagro. En cada nacimiento admiramos una persona que se parece a su padre y tiene la nariz de su madre; con Cristo pasa lo mismo, es la imagen visible de Dios (Col 1, 15), imagen auténtica del Padre que viene a nuestro encuentro.

No medimos nuestra esperanza desde la pandemia, la medida de nuestra esperanza es la Pascua, y la transmitimos a tantos que se encuentran en momentos difíciles, de pruebas, sufrimientos, enfermedades, o ante la pérdida de seres queridos.

Esta esperanza parte del anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, del paso de la tristeza a la alegría, de la desesperación a la esperanza, de la desconfianza a confianza, de las tinieblas a luz, del odio al amor; del pan y vino en cuerpo y sangre de Jesús (que es la dimensión sacramental). Como decía san Ireneo de Lyon: «*la gloria de Dios es el hombre vivo*».

La resurrección de Cristo es la victoria excepcional de la vida, abandonando el hombre viejo para revertirse del nuevo convirtiendo el amor en un hecho vivo que implica cambiar radicalmente nuestra vida, porque impulsa a la conversión y la comunión que se transforman en seguimiento. Seguimos las huellas del Resucitado y su dirección que es vertical y horizontal porque se dirige al Padre y a los hermanos.

El camino que Cristo resucitado propone es estrecho, exige sacrificio y entrega total, como María. La meta del seguimiento del Resucitado es la santidad, nuestra vocación última.

La Pascua es tiempo de paz, alegría y esperanza. El Resucitado nos invita a ser más humanos y; lo seremos cuando:

- ➡ Sepamos compartir con los que no tienen para sobrevivir; porque en ellos está escondido Jesús.
- ➡ El sano ayude, de corazón, al enfermo.
- ➡ Los que se consideran libres visten a los presos.
- ➡ Las familias unidas ayuden a otras a encontrar el sentido del vínculo familiar.
- ➡ Todos reconozcamos y respetemos nuestra condición de vida, desde lo poquito que Dios nos da cada día, glorificándolo y alabándolo.

La Pascua, es celebrar la vida.



Diácono Christian Manasse
Operario Diocesano

A photograph of a forest path. The path is made of dirt and grass, winding through tall, thin trees. Sunlight filters through the leaves, creating a dappled light effect on the ground. The trees are mostly deciduous with green foliage. The overall atmosphere is peaceful and natural.

**Suenen campanas, suenen tambores
suenen guitarras y hosannas a Dios.
Renace el día, surge la luz
cantemos hermanos un himno a Jesús.**

Porque Cristo resucitó

**Canta el ave, brinca el ganado
toda tristeza ya es del pasado.
Hoy la alegría inunda a los hombres
del chico al más grande, del rico al más pobre.**

Porque Cristo resucitó

**Un hombre nuevo surge en el mundo
hay en las cosas un cambio profundo.
Pascua de Cristo, resurrección
paso del hombre a la vida de Dios.**

Porque Cristo resucitó

**Desde hoy la muerte ha sido vencida
y es nuestra fe un canto a la vida.
Suenen campanas, suenen tambores,
suenen guitarras y hosannas a Dios.**

Porque Cristo resucitó

**Foto: P. Ángel G. Hurtado
Villa Mosen Sol -Alta Gracia, Córdoba-**

San José: el sueño de la vocación

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 58 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Queridos hermanos y hermanas:

El pasado 8 de diciembre, con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia universal, comenzó el Año dedicado especialmente a él (cf. Decreto de la Penitenciaría Apostólica, 8 de diciembre de 2020). Por mi parte, escribí la Carta apostólica *Patris corde* para «que crezca el amor a este gran santo». Se trata, en efecto, de una figura extraordinaria, y al mismo tiempo «tan cercana a nuestra condición humana». San José no impactaba, tampoco poseía carismas particulares ni aparecía importante a la vista de los demás. No era famoso y tampoco se hacía notar, los Evangelios no recogen ni una sola palabra suya. Sin embargo, con su vida ordinaria, realizó algo extraordinario a los ojos de Dios.

Dios ve el corazón (cf. 1 Sam 16,7) y en san José reconoció un corazón de padre, capaz de dar y generar vida en lo cotidiano. Las vocaciones tienden a esto: a generar y regenerar la vida cada día. El Señor quiere forjar corazones de padres, corazones de madres; corazones abiertos, capaces de grandes impulsos, generosos en la entrega, compasivos en el consuelo de la angustia y firmes en el fortalecimiento de la esperanza. Esto es lo que el sacerdocio y la vida consagrada necesitan, especialmente hoy, en tiempos marcados por la fragilidad y los sufrimientos causados también por la pandemia, que ha suscitado incertidumbre y miedo sobre el futuro y el mismo sentido de la vida. San José viene a nuestro encuentro con su mansedumbre, como santo de la puerta de al lado; al mismo tiempo, su fuerte testimonio puede orientarnos en el camino.

San José nos sugiere tres palabras clave para nuestra vocación. La primera es sueño. Todos en la vida sueñan con realizarse. Y es correcto que tengamos grandes expectativas, metas altas antes que objetivos efímeros —como el éxito, el dinero y la diversión—, que no son capaces de satisfacernos. De hecho, si pidiéramos a la gente que expresara en una sola palabra el sueño de su vida, no sería difícil imaginar la respuesta: “amor”. Es el amor el que da sentido a la vida, porque revela su misterio. La vida, en efecto, sólo se tiene si se da, sólo se posee verdaderamente si se entrega plenamente. San José tiene mucho que decirnos a este respecto porque, a través de los sueños que Dios le inspiró, hizo de su existencia un don.

Los Evangelios narran cuatro sueños (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Eran llamadas divinas, pero no fueron fáciles de acoger. Después de cada sueño, José tuvo que cambiar sus planes y arriesgarse, sacrificando sus propios proyectos para secundar los proyectos misteriosos de Dios. Él confió totalmente. Pero podemos preguntarnos: “¿Qué era un

sueño nocturno para depositar en él tanta confianza?”. Aunque en la antigüedad se le prestaba mucha atención, seguía siendo poco ante la realidad concreta de la vida. A pesar de todo, san José se dejó guiar por los sueños sin vacilar. ¿Por qué? Porque su corazón estaba orientado hacia Dios, ya estaba predispuesto hacia Él. A su vigilante “oído interno” sólo le era suficiente una pequeña señal para reconocer su voz. Esto también se aplica a nuestras llamadas. A Dios no le gusta revelarse de forma espectacular, forzando nuestra libertad. Él nos da a conocer sus planes con suavidad, no nos deslumbra con visiones impactantes, sino que se dirige a nuestra interioridad delicadamente, acercándose íntimamente a nosotros y hablándonos por medio de nuestros pensamientos y sentimientos. Y así, como hizo con san José, nos propone metas altas y sorprendentes.

Los sueños condujeron a José a aventuras que nunca habría imaginado. El primero desestabilizó su noviazgo, pero lo convirtió en padre del Mesías; el segundo lo hizo huir a Egipto, pero salvó la vida de su familia; el tercero anunciaba el regreso a su patria y el cuarto le hizo cambiar nuevamente sus planes llevándolo a Nazaret, el mismo lugar donde Jesús iba a comenzar la proclamación del Reino de Dios. En todas estas vicisitudes, la valentía de seguir la voluntad de Dios resultó victoriosa. Así pasa en la vocación: la llamada divina siempre impulsa a salir, a entregarse, a ir más allá. No hay fe sin riesgo. Sólo abandonándose confiadamente a la gracia, dejando de lado los propios planes y comodidades se dice verdaderamente “sí” a Dios. Y cada “sí” da frutos, porque se adhiere a un plan más grande, del que sólo vislumbramos detalles, pero que el Artista divino conoce y lleva adelante, para hacer de cada vida una obra maestra. En este sentido, san José representa un icono ejemplar de la acogida de los proyectos de Dios. Pero su acogida es activa, nunca renuncia ni se rinde, «no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte» (Carta ap. *Patris corde*, 4). Que él ayude a todos, especialmente a los jóvenes en discernimiento, a realizar los sueños que Dios tiene para ellos; que inspire la iniciativa valiente para decir “sí” al Señor, que siempre sorprende y nunca decepciona.

La segunda palabra que marca el itinerario de san José y de su vocación es servicio. Se desprende de los Evangelios que vivió enteramente para los demás y nunca para sí mismo. El santo Pueblo de Dios lo llama esposo castísimo, revelando así su capacidad de amar sin retener nada para sí. Liberando el amor de su afán de posesión, se abrió a un servicio aún más fecundo, su cuidado amoroso se ha extendido a lo largo de las generaciones y su protección solícita lo ha convertido en patrono de la Iglesia. También es patrono de la buena muerte, él que supo encarnar el sentido oblativo de la vida.

Sin embargo, su servicio y sus sacrificios sólo fueron posibles porque estaban sostenidos por un amor más grande: «Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración» (ibíd., 7).

Para san José el servicio, expresión concreta del don de sí mismo, no fue sólo un ideal elevado, sino que se convirtió en regla de vida cotidiana. Él se esforzó por encontrar y adaptar un lugar para que naciera Jesús, hizo lo posible por defenderlo de la furia de Herodes organizando un viaje repentino a Egipto, se apresuró a regresar a Jerusalén para buscar a Jesús cuando se había perdido y mantuvo a su familia con el fruto de su trabajo, incluso en tierra extranjera. En definitiva, se adaptó a las diversas circunstancias con la actitud de quien no se desanima si la vida no va como él quiere, con la disponibilidad de quien vive para servir. Con este espíritu, José emprendió los numerosos y a menudo inesperados viajes de su vida: de Nazaret a Belén para el censo, después a Egipto y de nuevo a Nazaret, y cada año a Jerusalén, con buena disposición para enfrentarse en cada ocasión a situaciones nuevas, sin quejarse de lo que ocurría, dispuesto a echar una mano para arreglar las cosas. Se podría decir que era la mano tendida del Padre celestial hacia su Hijo en la tierra. Por eso, no puede más que ser un modelo para todas las vocaciones, que están llamadas a ser las manos diligentes del Padre para sus hijos e hijas.

Me gusta pensar entonces en san José, el custodio de Jesús y de la Iglesia, como custodio de las vocaciones. Su atención en la vigilancia procede, en efecto, de su disponibilidad para servir. «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre» (Mt 2,14), dice el Evangelio, señalando su premura y dedicación a la familia. No perdió tiempo en analizar lo que no funcionaba bien, para no quitárselo a quien tenía a su cargo. Este cuidado atento y solícito es el signo de una vocación realizada, es el testimonio de una vida tocada por el amor de Dios. ¡Qué hermoso ejemplo de vida cristiana damos cuando no perseguimos obstinadamente nuestras propias ambiciones y no nos dejamos paralizar por nuestras nostalgias, sino que nos ocupamos de lo que el Señor nos confía por medio de la Iglesia! Así, Dios derrama sobre nosotros su Espíritu, su creatividad; y hace maravillas, como en José.

Además de la llamada de Dios —que cumple nuestros sueños más grandes— y de nuestra respuesta —que se concreta en el servicio disponible y el cuidado atento—, hay un tercer aspecto que atraviesa la vida de san José y la vocación cristiana, marcando el ritmo de lo cotidiano: la fidelidad. José es el «hombre justo» (Mt 1,19), que en el silencio laborioso de cada día persevera en su adhesión a Dios y a sus planes. En un momento especialmente difícil se pone a “considerar todas las cosas” (cf. v. 20). Medita, reflexiona, no se deja dominar por la prisa, no cede a la tentación de tomar decisiones precipitadas, no sigue sus instintos y no vive sin perspectivas. Cultiva todo con paciencia. Sabe que la existencia se construye sólo con la

continua adhesión a las grandes opciones. Esto corresponde a la laboriosidad serena y constante con la que desempeñó el humilde oficio de carpintero (cf. Mt 13,55), por el que no inspiró las crónicas de la época, sino la vida cotidiana de todo padre, de todo trabajador y de todo cristiano a lo largo de los siglos. Porque la vocación, como la vida, sólo madura por medio de la fidelidad de cada día.

¿Cómo se alimenta esta fidelidad? A la luz de la fidelidad de Dios. Las primeras palabras que san José escuchó en sueños fueron una invitación a no tener miedo, porque Dios es fiel a sus promesas: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20). No temas: son las palabras que el Señor te dirige también a ti, querida hermana, y a ti, querido hermano, cuando, aun en medio de incertidumbres y vacilaciones, sientes que ya no puedes postergar el deseo de entregarle tu vida. Son las palabras que te repite cuando, allí donde te encuentres, quizás en medio de pruebas e incomprendiones, luchas cada día por cumplir su voluntad. Son las palabras que redescubres cuando, a lo largo del camino de la llamada, vuelves a tu primer amor. Son las palabras que, como un estribillo, acompañan a quien dice sí a Dios con su vida como san José, en la fidelidad de cada día.

Esta fidelidad es el secreto de la alegría. En la casa de Nazaret, dice un himno litúrgico, había «una alegría límpida». Era la alegría cotidiana y transparente de la sencillez, la alegría que siente quien custodia lo que es importante: la cercanía fiel a Dios y al prójimo. ¡Qué hermoso sería si la misma atmósfera sencilla y radiante, sobria y esperanzadora, impregnara nuestros seminarios, nuestros institutos religiosos, nuestras casas parroquiales! Es la alegría que deseo para ustedes, hermanos y hermanas que generosamente han hecho de Dios el sueño de sus vidas, para servirlo en los hermanos y en las hermanas que les han sido confiados, mediante una fidelidad que es ya en sí misma un testimonio, en una época marcada por opciones pasajeras y emociones que se desvanecen sin dejar alegría. Que san José, custodio de las vocaciones, los acompañe con corazón de padre.

Roma, San Juan de Letrán, 19 de marzo de 2021,
Solemnidad de San José

Francisco





Rosario Vocacional: San José, el sueño de la vocación

Señal de la cruz para disponernos.

Vamos a rezar este Santo Rosario con una intención especial: sentir y descubrir como la llamada divina siempre impulsa a salir.

Esta Iglesia en salida, que ya salió y se encuentra hoy iluminando el mundo con la luz de Dios, agradece la entrega de tantos hermanos y hermanas que han salido de sí para entregar su vida “en rescate de muchos” porque así lo hizo el mismo Jesús.

Pongamos bajo la protección de San José y de María Madre de las vocaciones las vidas de sacerdotes, religiosos, religiosas, matrimonios, familias, que haciendo de Dios el sueño de sus vidas, han salido al mundo.

Oración a San José
Cantamos: “Que detalle Señor...”

1º Misterio:

Dios ve el corazón (cf. 1Sam 16,7) y en San José reconoció un corazón de padre, capaz de dar y generar vida en lo cotidiano. El Señor también ve nuestro corazón y nos llama para una misión especial. Contemplemos agradecidos ese misterio.

Padre Nuestro.
10 Ave María
Gloria
Oración de la entrega generosa

2º Misterio:

Que este segundo misterio nos conceda la valentía de abrimos a Dios que ve el corazón.

Acompañemos el primer sueño de San José. Mt 1, 19-21

Con Dios en nuestros corazones vivimos nuestra vocación dando vida: la vida de Dios, que es vida resucitada y resucitadora, que genera y regenera vida en nosotros permanentemente. La vocación es para eso: para dar vida en lo cotidiano de la Iglesia y el mundo.

Pidamos la gracia de tener siempre a Dios en el corazón, para así entregar nuestras vidas.

Padre Nuestro.
10 Ave María
Gloria
Oración de la entrega generosa

3º Misterio:

En este tercer misterio miremos a San José, ejemplo de hombre, de cristiano, de padre enviado. Enviado por Dios a cuidar de su Hijo y su Madre. Un hombre que supo adaptarse a los desafíos de Dios, sigamos su ejemplo y soñemos los sueños de Dios.

Acompañemos el segundo sueño de San José: Mt 2, 12-15

Pidamos especialmente la gracia de saber donarnos, de no conformarnos con el mero sacrificio, con el

esfuerzo de nuestras propias fuerzas, sino con la alegría de ser herramientas en las manos de Dios. Si verdaderamente nos donamos, en el pueblo, en la gente, no quedamos nosotros, pero queda Dios; y por eso nos alegramos.

Padre Nuestro.
10 Ave María
Gloria
Oración de la entrega generosa



4° Misterio

Que este cuarto misterio nos reanime para continuar siendo fieles al Dios que nos conduce. La fidelidad hace que nuestra laboriosidad, sea siempre alegre y entusiasta. Un discípulo que se ocupa de las cosas de Dios contagia y genera vida como lo hizo San José.

Acompañemos el tercer sueño de San José: Mt 2, 19-21

Padre Nuestro.

10 Ave María

Gloria

Oración de la entrega generosa

5° Misterio:

En este quinto misterio, le pedimos a San José que nos enseñe a cuidar lo importante y también a no tener miedo de hacer de Dios y su proyecto, el sueño de nuestras vidas. La vida solo se vive plenamente donándola en lo cotidiano, sigamos el ejemplo de San José.

Acompañemos el cuarto sueño de San José: Mt 2, 22-23

Padre Nuestro.

10 Ave María

Gloria

Oración de la entrega generosa

Para finalizar:

Oración vocacional

Jaculatoria vocacional

Canto final: En el taller

Oración a San José

Canto: En el taller

En el taller de Nazareth,
pequeño y pobre taller,
en su labor esta José
y el Niño quiere aprender.

LABORA Y CANTA,
LA ESPOSA DEL CARPINTERO,
Y EL MUNDO ENTERO
SONRÍE Y CANTA TAMBIÉN.

En el taller de Nazareth
pequeño y pobre taller
silencio y paz, amor y fe
Jesús, María y José.

En el taller de Nazareth
pequeño y pobre taller
verás a Dios, jugar, crecer,
rezar y obedecer

Oración a San José.
Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia,
misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.

Oración por las vocaciones

Jesús, Maestro Divino,
que llamaste a los apóstoles
a seguirte.
Continúa pasando
por nuestros caminos,
por nuestras familias,
por nuestras escuelas
y sigue repitiendo
tu invitación a muchos jóvenes.
Dales coraje a los que llamas.
Dales fuerza para que sean fieles
como apóstoles laicos,
como Sacerdotes,
como religiosos y religiosas,
para el bien del pueblo de Dios
y de toda la humanidad. Amén

Jaculatoria vocacional

“Señor danos vocaciones”
“Señor danos muchas vocaciones”
“Señor danos muchas
y santas vocaciones”

“La oración de la entrega generosa”

El amor enciende
nuestras vidas
Dios es amor en nuestra vida,
es nuestro primer
y gran amor,
que nos invita a decir
sí de corazón.
Un sí de vida,
generoso y alegre
un sí en salida, un sí de Dios
entre la gente,
un sí que sueña,
convertir a Dios
en nuestro sueño
que se eterniza.
El amor y el sí son vocación
vocación que llena el corazón
un corazón que acoge,
pero no retiene
porque la vida,
solo entregándola por amor,
se entiende. Amén



“Yo soy el Buen Pastor
y llamo...”

Hora Santa Vocacional

Como San José, soñemos el sueño de Dios

Señal de la cruz para disponernos.

Nos preparamos para la exposición de Jesús Eucaristía, e invitamos a San José.

(Antes de la exposición se coloca cerca del altar una imagen de San José).

San José nos acompañará e irá enseñando como adorar a su Hijo.

Catamos para recibir a Jesús que quedará expuesto.

“Dios historia, Dios misericordia”

Dios Historia, Dios Misericordia que ríes al vernos reír
Dios Historia, Dios Misericordia que lloras al vernos sufrir

Padre Dios de los cielos, Dios de todos los tiempos
Dios rostro de Pueblo, gestando nuestros sueños
Madre Dios de la tierra, Madre sabiduría
Fuente que da la vida, Ternura que nos habita
Dios artista, Dios Buena Noticia,
Aliento que hace vivir Dios Artista que nos resucita,
Presencia que impulsa a vivir

Dios eterna Alianza, Autor de cada llamada,
Origen de toda Gracia, de vida cotidiana
Plena expresión humana Justicia que nos alcanza
Dios de la promesa Que hoy comes en nuestra mesa

Dios Historia, Dios Misericordia, que ríes al vernos reír...
Dios Artista, Dios Buena Noticia Aliento que hace vivir...

A lo largo de este momento de adoración, iremos depositando en las manos de Dios nuestras intenciones y le pediremos que renueve en nosotros aquella alianza que escribió en nuestros corazones (cf. Jer, 31,34) el día que nos llamó.

Depositemos en la eucaristía la vida de los sacerdotes, religiosos y religiosas y matrimonios, que sufren algún dolor.

Señor te pedimos por todos aquellos hermanos y hermanas que han perdido ese brillo de sentir que tu llamada genera y regenera vida, te presentamos la vida de quien llamas, para después convertirla en entrega. Que todos Señor podamos recordar siempre que nuestra vida es para ser donada, que vivamos nuestra vocación dando vida.

Renuévanos Señor en la alegría de la entrega permanente, que confiando en tu amor nos adaptamos a los desafíos cotidianos, como San José, sin perder de vista lo importante de tu amor que actúa constantemente en nosotros.



Acompañamos la meditación cantando

“Al contemplarte en la cruz”

Al contemplarte en la cruz
Siendo Dios, fuiste tan humilde
Hombre tú te hiciste
Traicionado y rechazado

Siendo Dios, tomaste mi lugar
Cargaste en tus hombros
Mis heridas y pecados

Fue por mí, te entregaste
Para darme vida nueva y rescatarme
Al contemplarte en la cruz
Al contemplar tanto amor
No puedo más que adorarte
Mi vida entregarte.

Contemplamos en silencio

Saber donarnos y dedicarnos a las cosas de Dios debe ser siempre nuestro ideal y nuestra forma de vida. **Traemos ante la eucaristía ahora las vocaciones jóvenes: seminaristas esperando la ordenación, diáconos, sacerdotes jóvenes, religiosas y religiosos en los primeros años, con votos temporales y novios que planean casarse.** La vocación es para dar vida en lo cotidiano, una vida que quiere entregarse por entero. Que Dios sea el sueño de nuestras vidas, estando siempre presente en nuestro caminar.

Permanecemos un momento en silencio

Cantamos juntos: Me elegiste (John Eli)

Me elegiste, me amaste con cuerdas de amor a ti
me ataste, Señor aquí estoy, Señor aquí estoy
Me elegiste, me amaste con cuerdas de amor a ti
me ataste, aquí estoy Señor, aquí estoy.

Porque me amaste tanto si yo no lo merezco
me abrazaste cuando más lo necesitaba
Me elegiste, me amaste con cuerdas de amor a ti
me ataste, aquí estoy Señor, aquí estoy

En este momento traemos a la presencia de Jesús todas las vocaciones que iluminan a la Iglesia y al mundo. Decimos juntos:

“Señor danos vocaciones”
“Señor danos muchas vocaciones”
“Señor danos muchas y santas vocaciones”

Necesitamos matrimonios, necesitamos sacerdotes, necesitamos religiosos y religiosas, necesitamos laicos, todos enamorados del sueño de Dios; que ninguno de nosotros quiera guardar la vida para sí, al contrario: danos Señor la valentía de saber donarnos

que, a ejemplo de San José, nos alegremos siempre de entregar nuestra vida para dejar tu huella divina en medio de tu pueblo.

Desde ahora proponemos leer en silencio los 4 sueños de San José:

1° sueño: Mt 1, 19-21
2° sueño: Mt 2, 12-15
3° sueño: Mt 2, 19-20
4° sueño: Mt 2, 22-23

Después de leer los sueños de San José, pedimos a quienes deseen expresar: “la invitación vocacional” que estos sueños nos hacen hoy.

***Nota:** Si es en modalidad presencial pueden escribir en un pequeño papel, leerlo y dejarlo a los pies del Santísimo, si es virtual lo pueden escribir en los comentarios de la transmisión.

Rezamos por las vocaciones

Jesús, Maestro Divino,
que llamaste a los apóstoles
a seguirte.
Continúa pasando
por nuestros caminos,
por nuestras familias,
por nuestras escuelas
y sigue repitiendo
tu invitación a muchos jóvenes.
Dales coraje a los que llamas.
Dales fuerza para que sean fieles
como apóstoles laicos,
como Sacerdotes,
como religiosos y religiosas,
para el bien del pueblo de Dios
y de toda la humanidad.
Amén.

Nos disponemos a recibir la bendición con el Santísimo. Bendición

Para terminar, despedimos a San José rezando juntos.

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también
a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia,
misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.



Un café con amigos

para conocer historias vocacionales

Cristóbal Estrada Barrios

*Seminarista del Seminario Arquidiocesano
San Antonio Abad del Cusco - Perú*



Cristobal, cuéntanos un poco de tí...

Soy Cristóbal Estrada Barrios, tengo 19 años de edad, soy de la comunidad campesina de Pitucancha, Caicay, Paucartambo, cusco. Provengo de una familia pobre y humilde, cristiana católica, donde crecí inculcado en los valores humanos y practicando las virtudes que me enseñaron mis padres. Hice la primera comunión a los 12 años y la confirmación a los 15 años. Soy seminarista del Seminario Arquidiocesano San Antonio Abad del Cusco y estoy en el segundo año de etapa discipular.

¿Cómo descubriste el llamado de Dios?

Creí en un ambiente cristiano, pero en conflictos, donde la Iglesia católica era devastada por el protestantismo, a los 12 años de edad entre a la escuela de catequesis rural “Manuel Montero”, para ser catequista rural y defender mi fe con conocimientos, anunciando a los demás en mi lengua materna (quechua). En esta formación, me ayudaron los sacerdotes jesuitas. Desde entonces trabajé como catequista enseñando sobre las verdades de la fe, en mi parroquia y sus comunidades.



A los 15 años, cursando el cuarto año de secundaria, me cuestionó el ¿Qué ser y qué hacer con mi vida? No me había preparado para la universidad como los demás y entre en un conflicto desesperado porque no sabía que ser y que hacer, al pasar de los días se me calmaba el conflicto porque fraternizaba con mis amigos, la gente y seguía trabajando en mi misión. Preparándome para la confirmación participe en un encuentro juvenil de la decanatura. En medio de la reflexión del ponente escuche ¿quieres servir al pueblo de Dios? Una pregunta que me impactó y me hizo preguntar ¿en verdad sirvo al pueblo de Dios? En medio de dudas seguí con mi formación permanente en la escuela de catequesis, en la homilía el padre habló sobre la importancia del catequista, diciendo: “solo importa servir a Dios y su pueblo” impregnado me acerqué al padre y comenté mi situación de crisis. Empecé a realizar mis primeras jornadas vocacionales con los frailes Dominicos, después con los sacerdotes Diocesanos.

Acabada la secundaria, opté por ingresar al Seminario Propedéutico “San Juan María Vianney” dejando mi misión como catequista, la beca, amigos, gustos, familiares. Es ahí donde me introduje a la vida en Cristo Jesús, conociendo las comunidades y realidades de trabajo donde el pueblo tiene hambre y sed de Dios. Pude fortalecerme en todas las dimensiones de la formación con la ayuda de mis formadores y mis hermanos en Cristo, para hacerme discípulo de Jesús.

¿Cómo animarías vocacionalmente a un joven con miedo de responderle a Dios?

Si sientes el llamado de Dios no lo pienses dos veces, busca y animate a responder a esa llamada, sin miedo. La respuesta es confiar en el Señor, dejando todo por el Maestro que se entregó por ti. El trabajo es arduo y pocos los trabajadores, Jesús te necesita a ti, para amar y bendecir a su pueblo.



Cristobal, gracias por tu sí generoso



Erika Milagros Roque Valdivia

Hola, cuentáanos quien eres...



Mi nombre es Erika Milagros Roque Valdivia, soy novicia de 2° año y pertenezco a la Congregación Canonisas de la Cruz.

Mi camino vocacional fue escrito por un ser misericordioso, cuyo nombre es Dios. Desde muy niña tuve el ejemplo de mis padrinos quienes me llevaban a misa, despertando así en mí un deseo por conocer el lugar y los motivos por los cuales tanta gente acudía, cantaba y rezaba; con el tiempo comprendí que ese lugar era la Iglesia y yo también quería formar parte de ella. Fue así que gracias al apoyo de mi familia pude recibir los sacramentos de iniciación cristiana y una vez habiendo confirmado mi fe a la edad de 17 años, empezó mi vida parroquial. Creo que fue una etapa muy bonita de mi vida, llena de ilusiones y expectativas, porque al pertenecer a la catequesis ya sea de comunión o confirmación, tuve no solo que aprender a organizar mi tiempo para cumplir con mis deberes en casa, sino también para prepararme espiritual e intelectualmente haciendo vida aquello que se vería reflejado en mi manera de pensar y de actuar. Descubrí que ser catequista implicaba aceptar una gran responsabilidad y adquirir una coherencia de vida que pueda dar testimonio del seguimiento a Cristo y de la felicidad que se consigue al vivir en su presencia.



Tu camino te llevo a tomar una decisión ¿Cómo fue ese paso?

No pasó mucho tiempo cuando en mi interior me empecé a preguntar si había algo más que yo pudiera hacer para dar a conocer ese gozo, esa alegría que tenía por proclamar el evangelio y dar a conocer que Dios existe en todo momento de nuestras vidas, sin embargo, guardé aquellos sentimientos e inicié mis estudios superiores y me limité a pertenecer a solo a un grupo que tuviera relación con la parroquia, intentando así no alejarme del Señor. A la vez que iba estudiando para ser alguien en la vida y poder brindar un apoyo a mi familia, iba también madurando en mi corazón el deseo de ser religiosa, fue allí donde caí en cuenta de que el tiempo se iba acabando, porque había signos muy claros en mi historia que dejaban entrever que mi vocación era estar cerca de Dios, o mejor dicho, es Él que me pedía estar a su lado, y yo no lo comprendí hasta tener una fuerte experiencia de Cruz.



Nos dice nuestra Madre Teresa: “La Cruz es la cita que da Jesús a las almas que más ama” y es una frase muy real, porque es solo en la Cruz donde se expresa la entrega plena y total de un amor infinito, de un amor misericordioso que nos pide a cada uno responder con el mismo amor y tender hacia la vida en santidad; así es como yo tuve la certeza de que mi misión en la Iglesia no solo era ser catequista, sino algo más, algo mejor, ser religiosa, ser Canonisa de la Cruz.

Es así, como al finalizar mi segunda carrera como profesora de Educación inicial, tomé valor y hablé con mis padres y con las religiosas de la Congregación, a quienes les debo el eterno agradecimiento por haber fortalecido y guiado mi vida espiritual desde muy joven, y pude al fin, de cara a Dios reconocer mi verdadera vocación, iniciar esta aventura de fe, llena de retos y con el deseo que hasta ahora me anima a luchar con perseverancia, ser Santa, Fiel y Feliz, así como lo experimentó nuestra Madre Fundadora Teresa de la Cruz al dejarlo Todo Por Cristo.

¿Nos dejas un mensaje final?

Que Dios bendiga a cada uno de sus hogares y les conceda los dones que más necesitan para sobrellevar este tiempo de dificultad, con la esperanza de que todo pasará pronto.



DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Curso virtual



10/04 → 1° Videoconferencia



17/04 → 2° Videoconferencia



3:00 a 6:00 p.m. (Perú)
17:00 a 20:00 (Argentina)

Todo por plataforma zoom

“El discernimiento, ya sea interpretado como una realidad humana o como una actitud espiritual, se hace real y concreto en una persona, que posee, por su propio desarrollo, un sistema motivacional”

S/ 20,00



\$1.000,00



Anima:

**P. Lic. Edgardo
Banegas
Bardales**
Operario diocesano

Contactos:

ipvconosur@gmail.com
www.ipvbaires.com.ar

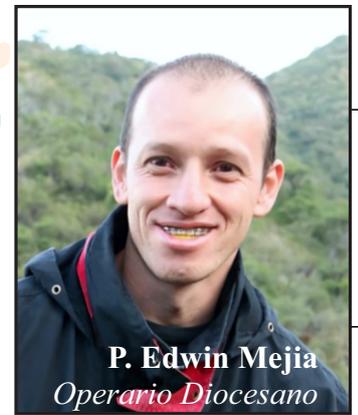
Inscripciones:

Entren en contacto y les enviamos
el formulario de inscripción

<https://forms.gle/GqBUGG6mJ4XAdAN7A>



La Escucha en la Pastoral Juvenil Postsinodal



P. Edwin Mejia
Operario Diocesano

En octubre de 2018 se llevó a cabo el famoso Sínodo de los Jóvenes para que la voz de ellos sea escuchada, pero sobre todo revalorizada. La escucha ha tenido gran protagonismo en este evento sinodal y es ahora una clave fundamental para una renovada práctica pastoral con y para los jóvenes. Quedó claro que los jóvenes no son apáticos, que lo que piden es una Iglesia que los incluyan; quieren escuchar y ser escuchados.

El Sínodo es el claro ejemplo para potenciar la pastoral de la escucha, que es algo que todos podemos llegar hacer y ejercer en nuestra Iglesia: «La escucha constituye un momento relevante del ministerio de los pastores, y en primer lugar de los obispos, quienes sin embargo a menudo viven abrumados por muchos compromisos y les cuesta encontrar el tiempo adecuado para este indispensable servicio» (DF 9).

Como pastores, asesores, líderes, acompañantes es necesario saber quienes son realmente los jóvenes, como viven lo que viven, que piensan y que sueñan, y para lograr eso es necesario ejercitar una pastoral de la escucha que permita conocer su mundo juvenil. ¡Qué importante es estar atentos y disponibles para con los jóvenes!

Antes de darse el Sínodo de los Jóvenes se hablaba poco de una «Iglesia en actitud de escucha». La preocupación de la Iglesia por costumbre y tradición es la de Anunciar la Palabra y de ejercitar mínimamente la escucha. Su experiencia ha sido la de comunicar, transmitir, anunciar, dirigir la Palabra; acostumbrada así por su historia y por su tradición.

Y en este Sínodo se pudo ver que la Iglesia da otro giro, otro impulso, abriéndose a la experiencia de escuchar, en el que se puede percibir las necesidades y realidades por las que pasa el pueblo de Dios y en especial los jóvenes. Se trata ahora de una escucha que renueva a la Iglesia y la hace

generadora y portadora de vida.

El Sínodo suscitó a que los jóvenes fueran los verdaderos protagonistas, siendo portavoces de un camino sinodal en el que pudieran expresarse y ser escuchados por los padres sinodales. Ha propuesto «una Iglesia en actitud de escucha» para percibir y conocer la realidad de los jóvenes para una mejor práctica pastoral. Pero ¿cómo ejercer la «actitud de escucha» en la pastoral con jóvenes? Ante esta pregunta el Papa nos da la clave:

«Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores» (EG 171).

«La escucha» es estar presente para el otro, tener empatía, disponibilidad, atención. Que bueno sería escuchar a los jóvenes con detenimiento renunciando a ser simples espectadores y tener una nueva actitud de encontrarnos con ellos desde una práctica pastoral de la escucha para conocer su realidad, sus motivaciones, sus inquietudes, sus dificultades, sus sueños, etc.

El *Instrumentum Laboris* del Sínodo nos dice que se «requiere prestar atención a la realidad de los jóvenes de hoy, en la diversidad de condiciones y de contextos en los que viven. Requiere humildad, proximidad y empatía para sintonizar y percibir cuáles son sus alegrías y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias» (IL 3). Según este documento, se debe captar, percibir los rasgos característicos de la realidad juvenil para atender a sus necesidades, inquietudes, problemáticas y asistirlos desde una Pastoral Juvenil con propuestas fundantes y edificadoras que ayuden a sus procesos de maduración integral.

Ariel Fresia, salesiano experto en Pastoral Juvenil, propone lo siguiente: «Entrar y ver la realidad de los jóvenes —dejando atrás nuestras interpretaciones, preconcepciones y categorías propias— es un gran desafío para la pastoral. Es ingresar en una tierra sagrada. Ante lo fascinante y tremendo de lo sagrado de los jóvenes tenemos que entrar “descalzados”: “No te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies porque el lugar donde estás parado es tierra santa” (Ex 3,5)» [1].

La propuesta que hace Ariel es que si queremos entrar en su casa, en su vida, en su realidad, su cultura, tenemos que oírlos desde su lugar. «Los jóvenes son uno de los lugares





teológicos en los que el Señor nos da a conocer algunas de sus expectativas y desafíos para construir el mañana» (DF 64). Son como tierra santa a la que hay que escucharles interesadamente en silencio para percibir su realidad y sus gritos ya que Dios está presente y actúa en medio de ellos. Esos gritos «exigen atenta escucha, oído agudo, interpretación crítica, innovación pastoral, transformación de la realidad. Discernimiento histórico, teológico y pastoral de los gritos de los jóvenes para descubrir los signos del tiempo y de los tiempos» [2]. Los Jóvenes de hoy están heridos, confundidos y perdidos en el mundo y hay que estar disponibles para ellos para ayudarles a encontrar el verdadero camino.

«La escucha es un encuentro de libertad, que requiere humildad, paciencia, disponibilidad para comprender, empeño para elaborar las respuestas de un modo nuevo. La escucha transforma el corazón de quienes la viven, sobre todo cuando nos ponemos en una actitud interior de sintonía y mansedumbre con el Espíritu. No es pues sólo una recopilación de informaciones, ni una estrategia para alcanzar un objetivo, sino la forma con la que Dios se relaciona con su pueblo... La Iglesia, pues, mediante la escucha, entra en el movimiento de Dios que, en el Hijo, sale al encuentro de cada uno de los hombres» (DF 6).

Hay que tener presente que el Sínodo de los Jóvenes no sólo fue una simple reunión de obispos, sacerdotes y peritos expertos en el tema de juventud, que quisieron imponer una idea, un plan, un proyecto a futuro o hacer un documento que después con el tiempo será olvidado.

La invitación que nos hace este Sínodo es poner atención, «empatía» para entender el contexto real del mundo juvenil; «Escuchar a la juventud que implica dar oído a lo que hablan los jóvenes, sobre que hablan, cómo hablan y ponerse en su lugar»[3], ya que ellos han deseado y han manifestado que la Iglesia les escuche, les acompañe, les entienda y eso es lo que tenemos que hacer en nuestras pastorales juveniles.

«El debate sinodal, desde el principio, tomó conciencia de que el itinerario de preparación había puesto de manifiesto una Iglesia “con una deuda de escucha”»[4]. Por eso los padres sinodales en el Instrumento de Trabajo nos incita a lo siguiente:

«Estamos invitados a escuchar y a mirar a los jóvenes en las condiciones reales que se encuentran, y la acción de la

Iglesia en relación a ellos. No se trata de acumular datos y evidencias sociológicas, sino de asumir los desafíos y oportunidades que surgen en los diversos contextos a la luz de la fe, dejando que nos toquen en profundidad para que brinden una base concreta a todo el camino sucesivo» (IL 4). Los jóvenes la tienen clara, en cambio nosotros no, nos cuesta entenderles qué es lo que quieren de la Iglesia; escuchémosle. Ellos deben tener protagonismo en las propuestas pastorales. Tienen pensamientos e ideas que pueden ayudar a los obispos, sacerdotes, religiosos, asesores, a una renovada Pastoral Juvenil. Como lo diría el Papa: «ellos nos hacen ver la necesidad de asumir nuevos estilos y nuevas estrategias» (ChV 204) para una renovada práctica Pastoral Juvenil postsinodal.

Para una renovada Pastoral Juvenil propongo cinco inquietudes que nos pueden ayudar:

¿Que podamos entender realmente qué mueve a los jóvenes hoy?

¿Por qué los jóvenes abandonan la Iglesia?

¿Por qué se sienten tan atraídos por las redes sociales?

¿Cómo darles un mensaje que sea relevante, claro, atractivo y comprensible?

¿Cómo compartir el Evangelio con los jóvenes de manera rápida, eficaz y satisfactoria?

Si tenemos presente estas consignas podemos tener una Pastoral Juvenil que llegue a los jóvenes, pero con la ayuda de los mismos jóvenes, ellos mismos son los que nos tienen que ayudar cómo hacerlo y llevarlo a cabo: «jóvenes evangelizando otros jóvenes». Si le damos la oportunidad a los jóvenes que nos cuenten como hacerlo, seremos capaces de llegar a los demás jóvenes y presentarles una Iglesia joven, dinámica y atractiva. Hay muchos jóvenes que aman a la Iglesia, a su liturgia y a Jesucristo; su pasión y su alegría por el Evangelio es inspiradora y un gran estímulo para aquellos que todavía están en la búsqueda de su propia fe.

[1] Iván Ariel Fresia, No siempre se hizo así. Para construir una pastoral con los jóvenes, Buenos Aires: Ediciones Don Bosco, 2018, p. 29.

[2] Ibid., 31.

[3] Jesús González de Zárate, Un Sínodo desde, con y para los jóvenes. Acercamiento a su temática y dinámica desde el lenguaje, las opciones y los movimientos pedagógicos de la Pastoral Juvenil Latinoamericana y Caribeña, Medellín 170 (2018) p 122.

[4] Rossano Sala, Acompañando a los jóvenes en el discernimiento vocacional. Las indicaciones que provienen del camino sinodal. Teología y catequesis 144 (2019) p 117.





58° Jornada de Oración por las Vocaciones
“San José: el sueño de la vocación”

Le rogamos al Buen Pastor...

“Señor danos vocaciones”

“Señor danos muchas vocaciones”

“Señor danos muchas y santas vocaciones”

Foto: P. Ángel G. Hurtado
Operario Diocesano

Etapas para elaborar y profundizar el Proyecto Personal de vida

P. Juan Carlos Caballero
Operario Diocesano

En la edición anterior de VOCACIONALBA proponíamos algunas herramientas para ir elaborando nuestro Proyecto Personal de Vida, dependiendo de las edades que estamos transitando, si somos niños, o adolescentes o ya jóvenes. En esta reflexión nos detendremos en las cuatro etapas que se deben considerar para la elaboración de nuestro proyecto, sobre todo para poder aprovechar toda su riqueza al máximo: Descubrirse, Conocerse, Asumirse y Decidirse.

Descubrirse es la etapa inicial y podríamos partir desde algunas preguntas como ¿dónde estoy ahora? Y ¿quién soy por dentro? Saber cual es nuestro punto de partida nos sitúa dentro de una verdadera realidad y, sólo desde allí podremos avanzar correctamente en nuestro camino de crecimiento. El salmo 138 podría ayudarnos para mirar nuestra vida con los ojos de Dios, vernos como Él nos ve y el texto de Jn 3, 1-21 que nos invita a nacer de nuevo puede motivarnos a dejarnos moldear por Dios, preguntarle y pedirle que nos indique la dirección de su camino para nuestras vidas. Profundizando un poco más podríamos realizar el siguiente ejercicio de autodescubrimiento: buscar una foto mía donde esté sonriendo y escribir en una hoja que idea tengo de mí mismo, indicar cuales son los rasgos más característicos de mi personalidad y mis estados de ánimo más frecuentes. Podemos profundizar seleccionando tres sustantivos que revelen lo que soy, tres verbos que muestren lo que hago y tres adjetivos que hagan referencia a mis cualidades; finalmente le pido estos mismos elementos a alguien que convive conmigo y después comparar las similitudes y diferencias para tener un parámetro de evaluación más objetivo que solamente mis propias impresiones. Tener claro quién soy y donde estoy hace que “me abrace” y “me ame” tal como soy, porque Dios me abraza y me ama de la misma manera.

Conocerse es la segunda etapa, damos un paso más. El texto de Mc 12, 28-31 nos ofrece el parámetro para sano autoconocimiento. El amor a uno mismo no es egoísmo ni vanidad es referencia y donación al otro, al prójimo; dado que me voy conociendo verdaderamente en relación con Dios y con los demás. En relación a Dios, el sano autoconocimiento me conduce a asumir y elegir su camino para mi vida, porque descubro que me convierte en alguien mejor y me lleva a la plenitud y, en mi relación con los demás, coloco al servicio de todos mis talentos y capacidades, porque me descubro feliz sirviendo. En esta etapa podríamos hacer dos ejercicios para profundizar: en una entrevista íntima preguntarme ¿qué actividades son las que más me gustan? ¿con que tipo de personas me relaciono mejor? ¿en que actividades despliego mejor mis cualidades? ¿qué me impide o dificulta hacer algo? Lo importante del autoconocimiento es descubrir con realismo y equilibrio mis talentos y también mis limitaciones. Además, puedo confeccionar una tabla sobre mi persona eligiendo tres talentos y tres limitaciones para ir mirando con franqueza la totalidad de mi persona y no caer en ningún tipo de complejo, es decir, no verme ni como el mejor ni como el peor de todos, sino como soy realmente. El objetivo de conocerse es construir mi Proyecto de Vida sobre cimientos firmes y no sobre fantasías o autoengaños; solamente sabiendo quien soy puedo apuntar hacia un camino de verdadero crecimiento integral y equilibrado y, además, poner mis talentos al servicio de los otros.



Asumirse es la tercera etapa y consiste en “abrazar” todo y a todos los que hacen parte de mi vida, de mi historia. La meta de nuestra vida, nuestra primera vocación es ser felices, reconociéndonos creados por Dios para esta meta, que no se alcanza ni solos ni a cualquier precio; por tal motivo, al asumirnos nos debemos preguntar ¿con quién contamos para ser felices? Recurrimos una vez más a la Palabra para que nos oriente e ilumine, los textos de 1Co 12, 12-21 y 13 nos ayudan primero a ver que todos necesitamos de los otros, “no podemos salvarnos solos”, diría el Beato Manuel Domingo y Sol; todos tenemos algo para dar y algo para recibir, somos necesarios por eso nos abrimos a la solidaridad y a la caridad. Profundizando en este punto, el pasaje de Eclo 6, 5-17 nos invita a cultivar la verdadera amistad. A la hora de asumirnos podríamos vernos como rodeados “por círculos de influencia” los más próximos a nosotros nos afectarán con mayor intensidad y los más distantes nos afectarán menos. En el primer círculo pueden estar nuestras familias y todos aquellos que conviven con nosotros en la misma casa. En un segundo círculo estarán nuestros amigos/as, parejas, dado que son personas que nos conocen en profundidad y fueron elegidos por nosotros mismos para entrar en nuestras vidas. En un tercer círculo, nuestros compañeros de escuela, colegio, universidad y de trabajo, dado que pasan muchas horas del día con nosotros. Y vamos agregando círculos a medida que vamos encontrando entornos que nos afectan de alguna forma: grupos juveniles, comunidad eclesial, barrio, ciudad, sociedad, etc. De la misma forma podríamos analizar también otros elementos que rodean, pero de manera más personal, y allí encontramos por un lado lo que me gusta, lo que quiero, lo que puedo y, claramente si le doy lugar a Dios le debo preguntar que me pide Él. Estos elementos de alguna forma se van a conectar, siempre y cuando yo mismo mire toda mi vida desde el proyecto ordenador de Dios que me hará gustar entregar mis talentos y mi vida, me mostrará lo que soy capaz de hacer y puedo ofrecer y moverá mi voluntad a querer darme a los demás. Si me asumo me entrego, como Jesús hizo con su cuerpo y sangre ofrecidos para ser comida y bebida ofrecida y repartida.



Y así, finalmente, **decidirse** es la última etapa. Aquí mi proyecto de vida que ha asumido la totalidad e integralidad de todo mi ser y mi historia se confunden con el proyecto de Dios, tan íntimamente que mis deseos, intereses y búsquedas quedan relegadas ante la voluntad de Dios. El texto de Ef 1, 1-19 nos muestra que Dios tiene un sueño para nosotros, un sueño de santidad y su llamada vocacional es a tomar este sueño y encarnarlo como propio, soñar el sueño de Dios y dejar de lado todo para quedarnos solamente con lo que Dios quiere para mi vida. En esta última etapa

necesitamos tener claridad sobre nuestras prioridades, tanto en valores como en elecciones, porque de allí nacerá lo que acogemos como vocación: ¿a que me llama Dios? ¿cuál será mi camino para ser feliz? ¿Qué herramientas tengo para llevar adelante el plan de Dios en mi vida? ¿Qué realidades me dificultarían este camino vocacional? Y como hoja de ruta para este camino el mismo Jesús nos ofrece el sermón de la montaña en el Evangelio de Mateo capítulos 5, 6 y 7. De la lectura de estos capítulos nacerá nuestro primer ejercicio para clarificar nuestra decisión, podemos hacer dos columnas, es una colocaremos esta propuesta de Jesús que nos invita a ser felices por el camino del perdón, la sencillez, el perdón y la donación y; en la otra columna podemos colocar las invitaciones socio-culturales que recibimos y nuestras prioridades personales: ser conocido, casarme, tener familia, tener tiempo para mí mismo, encontrar un buen trabajo, descubrir el sentido profundo de la vida, preocuparme por los problemas sociales, etc. Una vez que tenga ambas columnas confrontarlas y tratar de identificar los llamados de Dios para mi vida. Seguir a Dios no es evadirme del mundo, y trabajar por la sociedad no conlleva necesariamente un olvido de Dios.

Dios nos llama a ser felices en la vivencia plena de nuestra vocación, cualquiera sea, poniendo en todo momento nuestra vida al servicio, así se llena nuestra vida. Todos evangelizamos desde donde estamos, Dios llama a quienes Él mismo elige y quiere (cf. Mc 3, 13-19) y de nuestra parte resta abrir nuestra vida y nuestro corazón para responder con un sí generoso a este llamado. Finalmente al momento de decidimos por Dios, no debemos pensar solamente en las renunciaciones y en lo que dejamos, sino en lo que ganamos y recibimos de Él; decirle sí a Dios en cualquier estado de vida, no puede ser un peso sino al contrario, será el camino para nuestra felicidad y plenitud como personas al servicio de otras: en la vida laical se puede servir, también en la vida religiosa y ministerial, todos somos llamados a ser servidores y colaboradores del Reino de Dios, como sal y luz de este mundo que nos toca abrazar hoy. No existe un estilo de vida que sea mejor que otros, todas las vocaciones son importantes para la Iglesia y la humanidad, por eso le pedimos permanentemente al Dueño de la mies que envíe trabajadores para la cosecha (cf. Lc 10, 1-12), nosotros somos esos trabajadores enviados por Dios.



*Que no pueda decirse de un operario
que pudo hacer algún bien y no lo hizo*

Don Manuel Domingo

Página de HERMANDAD

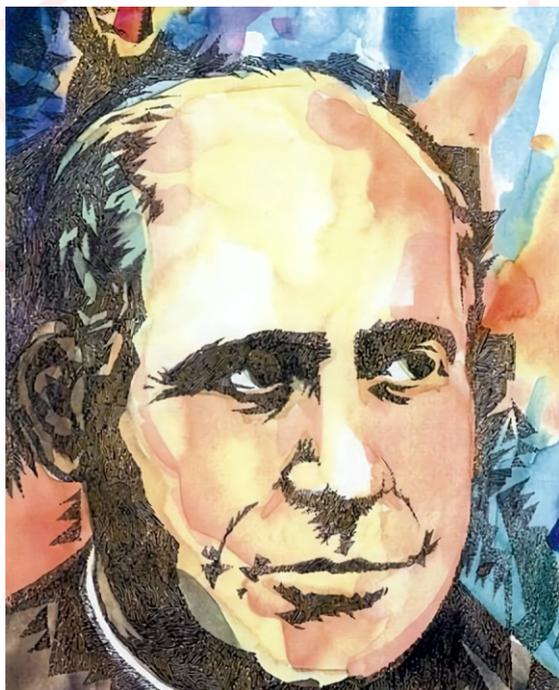
Estilo de vida

Nuestro estilo de vida se resume en esta divisa: “MEJOR EN EQUIPO”. La base de la organización de la Hermandad son los equipos. Todos los operarios estamos integrados en un equipo de vida y normalmente de trabajo. Por ello residimos en una vivienda común.

Este equipo de vida y trabajo, con todas las exigencias que comporta, es el medio privilegiado para ofrecer nuestro testimonio pastoral de sacerdotes y operarios, como signo de fraternidad sacerdotal.

La vida en equipo facilita la corresponsabilidad de todos y el logro de un crecimiento integral. Los operarios nos esforzamos para que el orden, la disciplina y el espíritu de colaboración reinen en nuestras casas. Así facilitamos la convivencia entre todos y favorecemos un mayor fruto pastoral de la vida en común.

Cada grupo de operarios organiza y planifica su vida común en un proyecto de vida de equipo. El director del equipo es el principal animador de la comunión.



DICE EL BEATO MOSÉN SOL

“Nuestra Obra es la unión de unos cuantos sacerdotes seculares para su más fácil santificación en medio del mundo, libres de todo cargo determinado y sin ambición de él, y para multiplicar así los intereses de la gloria de Dios”.



Hermandad de Sacerdotes

OPERARIOS DIOCESANOS